

A pesar de que Imanol me quiso proponer un acertijo, no me fue difícil darme cuenta de quién era el objeto de la exposición.

Richmal Crompton. La mujer de nombre extraño que, durante años, nadie me pudo asegurar que no fuera, quizá, un hombre. Que era tan desconocida como famoso su personaje infantil. Su cara la había visto en los libros de Guillermo.

Guillermo Brown. Aquel que vivía en las afueras de Londres, rodeado de campo. Como yo. Aquel que jugaba en la calle y siempre se manchaba. A veces de forma excesiva. Quizás porque siempre llevaba un traje negro, con pantalones cortos de pata ancha, propios de su época y país. Y su madre siempre quería que estuviera limpio y reluciente como los *niños buenos* a los que odiaba y muchas veces martirizaba aunque luego le castigaran.

Yo y mis amigas también nos manchábamos, pero no era por venganza o rebeldía. Era lo normal en las calles sin asfaltar o con el monte a dos pasos.

Nuestras madres tampoco podían ser unas obsesas de la limpieza y los castigos venían por otro tipo de acontecimientos.

Recordé sin esfuerzo a la escritora porque nunca he dejado de leer las *Aventuras de Guillermo*. Nunca fue mi héroe, más bien fue un compañero de fatigas. Vivía en un mundo desconocido y lejano para mis 9 años en aquellos años 60. No era como yo. Era mal estudiante, bebía agua de regaliz, comía dulce de jengibre y pastel de grosella, palabras que identificaba con nada de lo conocido, y utilizaba unas monedas realmente complicadas para mi mente decimal. También jugaba en *cobertizos* o los destrozaba y nunca pude visualizar en mi cabeza como punteas eran esas construcciones. Y menos aún un *parterre*, que ni ahora se lo que es. Vivía en una casa con escaleras, pero Guillermo era un marginado, en su casa era un incomprendido y siempre metía la pata. Como yo. Siempre quería huir de aquella casa con escaleras y muchas habitaciones que yo envidiaba. Sufría con los niños buenos y pijos. En eso yo le llevaba ventaja porque yo no conocía niñas buenas y pijas, todas éramos iguales, unas marichicos. Nos dimos cuenta de ello cuando salimos a estudiar fuera del barrio y conocimos alguna niña pija que, sin ser repelente, nunca se había manchado demasiado ni peleado a muerte por una pelota o una piedra para matar ratas.

Yo con Guillermo me reía, me reía mucho, hasta que me saltaban las lágrimas.

¿Como la hija de un vicario tenía tanto sentido del humor? Creo recordar que las hijas de los curas eran bastante más serias y amargadas. La iglesia de Guillermo, sin ser la misma, se parecía a la mía. En la España *súpercatólica* yo veía el decorado cuando se contaba que la madre había asistido a una reunión de señoras de la iglesia o que habían organizado un bazar benéfico. Como en la mía el vicario estaba casado y su señora solía ser una *miembra* activa de la vida eclesial. No como los curas, que yo apenas conocía pero que me producían un asco visceral, un rechazo que, con mis 9 años, ya sabía que era por miedo a que me contagiaran su lascivia y su mente enferma por falta de sexo.

Siempre supe que no quería ser como las niñas a las que Guillermo tributaba sus hazañas. Yo quería ser Guillermo, masculina. Intuía que lo de ser chica iba a ser duro. Pero no supe de dónde habían salido los libros de Editorial Molino. Siempre estuvieron en casa. Eran de ediciones muy antiguas y los maravillosos dibujos de Thomas Henry con un Guillermo greñudo, enfurruñado y chato me fueron guiando por el camino hacia el placer vital de la lectura.

Ahora trabajo en el Ayuntamiento de un pueblo al lado de Bilbao, colaboro con una vieja conocida que esta de concejala de Igualdad. Me he entusiasmado solo con pensar en recuperar el personaje de Guillermo y, sobre todo, a su autora de la que he descubierto una vida inesperada. Hay un dato que me la ha acercado y corroborado en mi admiración. Fue sufragista y de ahí las letras que luce en el pañuelo de la fotografía que me envió Imanol.

Voy a hacer todo lo posible por conseguir traer la exposición a Arrankudiaga. Me emociono al imaginar a cuantas personas les puede arrancar el llanto recordar sus ratos al lado de Guillermo y los Proscritos, sus inseparables amigos. Después de todo lo recordado se me ha olvidado lo esencial: Guillermo era ante todo un buen amigo de sus amigos y estos le correspondían sin condiciones.

FINITO